

Parashat  
Vayerá

♦ 55 ♦

י"ז חשוון תשפ"ו

י"ז ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הר"צ

רבי גמליאל הכהן

רבינוביץ שליט"א

# טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

El que engendra un hijo justo

«Pues Yo sé que mandará a sus hijos, y a su casa después de sí, que guarden el camino de Hashem haciendo justicia y juicio, para que haga venir Hashem sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él.» (Bereshit 18:19)

Comentó Rashí, zal: «No dice “sobre la casa de Abraham” [es decir, sobre su descendencia], sino “sobre Abraham”, para enseñarnos que todo el que engendra un hijo justo es como si no hubiera muerto».

Y en el Midrash (Bereshit Rabá 49:4) se expone el tema con un matiz diferente: «Rabí Shimón ben Yojay dice: “Todo aquel que tiene un hijo que se esfuerza en la Torá, es como si no hubiera muerto. Pues no dice “para traer sobre Abraham lo que habló con él”, sino “lo que ha hablado acerca de él”».

Y, acerca de esta divergencia en las dilucidaciones, explican los libros (véase Mizrají aquí y otros comentaristas) que en este versículo hay dos niveles distintos, derivados de dos interpretaciones diferentes:

En su explicación, Rashí habla de «El que engendra un hijo justo». Esto lo deduce de lo que está dicho primero en el versículo: «sobre Abraham», y no «sobre la casa de Abraham». Porque el hijo justo influye sobre toda la casa, de modo que se considera como si Abraham aún estuviera vivo, ordenando y guiando a su familia después de él.

Por su parte, el Midrash explica «Un hijo que se esfuerza en la Torá». Esto se deduce de lo que está dicho al final del versículo: «lo que ha hablado acerca de él», y no «lo que habló con él». Pues el esfuerzo en la Torá hace que sea considerado «acerca de él» mismo, del padre, y es como si sus propios labios siguieran murmurando palabras de Torá gracias a los hijos que se ocupan en su Torá y caminan por sendas rectas y buenas.

El valor del Kadish

Hace algunos años, en una ciudad lejana de los Estados Unidos, vivía un judío adinerado, completamente secular. Falleció, dejando tras de sí una herencia de unos diez millones de dólares (10,000,000 \$).

Este judío tenía un hijo y una hija. Antes de morir redactó un testamento en el que detalló cómo debía

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

«Pero, a los ojos de sus yernos, era como que estaba bromeando.» (Bereshit 19:14)

Se cuenta de un bufón que estaba muy alejado del temor al Cielo, y se ganaba la vida con sus chanzas. Los ricos lo invitaban a sus casas y a sus celebraciones, él hacía payasadas y le pagaban por ello.

Un día fue invitado a la casa de uno de los ricos de la ciudad para un almuerzo. El rico estaba sentado con su familia, comiendo su comida, y el bufón se esforzaba al máximo por hacerlos reír. De pronto, mientras comían pescado, el bufón no paraba de hablar con burlas, y una espina se le quedó atascada en la garganta. Intentaron salvarlo, pero entregó su alma y murió.

El rico se asustó mucho, pues temía que dijeran que él lo había matado. Entonces tomó el cuerpo del bufón muerto, subió las escaleras de la entrada de su vecino, el médico, y lo recostó en la puerta. Tocó la puerta y escapó. Cuando el médico abrió, el muerto cayó por las escaleras. El médico se aterrorizó, pensando que el hombre había esperado demasiado tiempo y mientras tanto había muerto. Entonces el médico lo llevó y lo dejó de pie en la calle.

Allí había un sastre iracundo, que al ver a un hombre parado frente a su tienda mirándolo, salió furioso y le arrojó la plancha caliente. Cuando lo vio caer muerto, se espantó, pensando que había matado a alguien. Al ver que no había nadie alrededor, lo volvió a colocar en su sitio.

Pasó por allí un borracho y le arrojó una botella, cuyo vidrio se le clavó en la garganta. Inmediatamente llevaron al borracho a juicio y lo condenaron a muerte por haber matado a un hombre.

Cuando se hizo público su veredicto, los otros tres (el rico, el médico y el sastre) se llenaron de remordimiento y cada uno estaba convencido de que él era el único que había matado al bufón. Cada uno fue por separado al juez y confesó que había sido él quien lo había matado.

El juez, que era un hombre sabio, comprendió cómo habían ocurrido los hechos y les dijo: «Este bufón recibió su castigo del Cielo: lapidación, fuego, muerte por la espada y estrangulamiento. Váyanse todos en paz». Y liberó a los tres, así como también al borracho.

Cuando Lot llegó a sus dos yernos y les dijo: «¡Levántense, salgan de este lugar, porque Hashem va a destruir esta ciudad!», pero ¿cuál fue su reacción? «Pero, a los ojos de sus yernos, era como que estaba bromeando». Se rieron de él. ¿Eso era lo que tenían que hacer? ¿Así se responde cuando alguien quiere salvarte? Y debido a que adoptaron la cualidad de la broma, que es la cualidad de Sodoma, no merecieron salvarse y murieron. De aquí aprendemos cuán dañina es la burla, que puede llevar a la persona hasta las mismas puertas de la muerte –que el Cielo nos libre.

(Tiv Hatorá – Vayerá)

repartirse su herencia: «Si mi único hijo dice el Kadish durante todo el primer año, tres veces al día conforme a la norma, entonces recibirá ocho millones de dólares (\$8,000,000), y la hija heredará los dos millones restantes (\$2,000,000). Pero si el hijo no dice el Kadish cada día, entonces toda la herencia se dividirá a partes iguales, y cada uno recibirá cinco millones (\$5,000,000).

Todo esto lo arregló en regla, escrito y firmado conforme a la ley, y depositó el testamento junto con el dinero en manos de un abogado, encargado de ejecutarlo fielmente.

El hijo, a pesar de ser tan secular como su padre, no quería de ninguna manera perder la fortuna. Vivía en una pequeña localidad en los suburbios de Nueva York, donde había una sola sinagoga. Apenas falleció el padre, comenzó a acudir allí *únicamente* para decir Kadish. Todos los días, después del rezo de Shajarit por la mañana, del de Minjá por la tarde y del de Maariv por la noche, aparecía para recitar el Kadish. Entraba en la sinagoga solo para eso, y en cuanto terminaba salía de inmediato.

Pasado un tiempo, los congregantes se acostumbraron a este visitante tan peculiar... que entraba solo a decir el Kadish y de inmediato huía hacia afuera.

Como la pausa entre Minjá y Maariv era demasiado corta para volver a casa, solía esperar en el patio delantero de la sinagoga hasta el próximo Kadish.

El rabino de la sinagoga, un hombre importante, ya había entendido que aquel judío no estaba interesado en nada más que en el Kadish. Cada noche, después de Maariv, el rabino salía al patio para llamarlo y hacerlo entrar a recitar su Kadish.

Por su parte, la hermana —la hija del difunto— observaba con suma atención si su hermano cumplía realmente con la condición del testamento, porque para ella estaba en juego la pérdida de tres millones de dólares. Para asegurarse, contrató a un detective privado que siguiera los pasos de su hermano.

Después de algunos días, el detective le informó a la hermana un detalle interesante: antes del tercer Kadish

diario, el de Maariv, el rabino mismo salía al patio a llamarlo. Y añadió: si el rabino dejara de hacerlo, el hijo ni siquiera sabría cuándo es la plegaria y perdería así el tercer Kadish.

La hermana, entonces, se apresuró a llamar al rabino y le reclamó que, con su actitud, le estaba causando indirectamente una pérdida de millones de dólares. Dado que era evidente que el hijo no buscaba la plegaria sino el dinero, ¿para qué molestarse en llamarlo? ¿No era mejor quedarse al margen de un asunto de tanto peso económico?

El rabino se negó a dejar que el Kadish se anulara, y no aceptó su pedido. Al ver eso, la hermana incluso le ofreció una cuantiosa donación para su yeshivá, si accedía a no llamar al hermano. Pero tampoco aceptó.

El rabino consultó el caso con uno de los grandes Sabios de la generación. Tras analizarlo, este dictaminó: «Dado que sabemos cuán grande es el mérito del Kadish y cuánto bien genera para el alma, tal como está explicado en muchos libros, no debemos privarla de ese beneficio. Además, si el hijo dejare de decir una sola vez el Kadish, podría descorazonarse, pensando que ya no recibiría los ocho millones, y dejaría de decirlo por completo el resto del año, lo cual causaría gran dolor al alma del difunto. Por lo tanto, el rabino debía seguir llamando al hijo para recitarlo».

Así lo hizo durante todo el año. El hijo se mantuvo fiel a su rutina del Kadish, asegurando de ese modo su parte en la herencia.

Uno de aquellos días, después de la plegaria, el rabino le deseó al hombre «buenas noches». El hijo, agradecido, le preguntó: «¿Cómo es que usted se toma la molestia de salir cada noche para llamarme al Kadish? ¿Acaso no resulta una falta de respeto hacia usted y hacia la sinagoga, cuando yo no participo en nada de las oraciones ni de las clases entre Minjá y Maariv? ¿No le molesta mi actitud?».

El rabino, con una sonrisa serena, le respondió con sabiduría: «En verdad me duele que no participes en la plegaria ni en la clase; nos haces falta, porque cada judío agrega luz a la Torá. Ya que vienes de todos

modos a la sinagoga, ¿por qué no te quedas adentro? Pero en cuanto a la molestia de salir a llamarte, no lo relaciono con lo otro. Yo creo y sé el gran valor que tiene tu Kadish para la elevación del alma de tu padre, que en paz descanse. En todas las generaciones, los judíos fieles han tenido sumo cuidado de no perder ni un Kadish durante el año de duelo. Por eso, vale la pena mi esfuerzo de salir cada noche a traerte adentro para recitarlo».

Aquellas palabras, dichas con gracia y humildad, junto con la actitud del rabino, lograron conmover al hombre. Aunque siempre había estado lejos de la Torá y de las *mitzvot*, con el tiempo comenzó a quedarse dentro de la sinagoga, al principio solo por respeto al rabino y al lugar. Poco a poco empezó también a escuchar la clase diaria, a comprender, y finalmente a acercarse a la plegaria y a la Torá. Así, hacia el final del año, ya se había convertido en un *báal teshuvá* completo.

Cuando terminó el año, habiendo cumplido con el testamento sin faltar un solo Kadish, recibió del abogado su parte de la herencia: ocho millones de dólares.

En la comida del primer *yahrtzeit*, la hermana elogió públicamente a su hermano por su constancia durante todo el año. Confesó que había contratado a un investigador privado que lo vigilaba a diario, e incluso relató cómo había intentado convencer al rabino de que dejara de llamarlo, y que le había ofrecido una enorme donación, pero el rabino no cedió.

El hermano se emocionó profundamente al descubrir el grado de dedicación del rabino, que no solo salía a buscarlo cada noche, sino que resistió presiones y tentaciones económicas para que abandonara esa costumbre.

Entonces, como *báal teshuvá*, subió a la casa del rabino y puso sobre su mesa una gigantesca donación de ochocientos mil dólares (el diezmo de su herencia). Explicó que el rabino tenía gran parte en su éxito, y por ello era justo entregar allí su diezmo, en beneficio de las instituciones de Torá bajo su dirección. Fue un gran Kidush Hashem en toda la comunidad.